

# LIBROS

## Alfonso Grosso: Novela a la vista

Sevillano de 1928. Profesor mercantil. Funcionario público. Novelas: «La zanja», «Un cielo difícilmente azul», «Germinal», «Testa de copos», «El caprote», «Los días iluminados», «Inés Just Coming», «Guarnición de silla» (recién publicado) y «De romería» (saldrá en Méjico en breve).

—Como todo el mundo sabe, Alfonso Grosso es un escritor polémico, con un punto de agresividad en todas sus intervenciones públicas.

Grosso.—No es cierto. Me tengo por hombre muy pacífico, por escritor que no se mete con nadie. Lo que ocurre es que en el amodorrado mundo en que nos desenvol-



ALFONSO GROSSO

vemos llaman agresividad a la crítica objetiva y sin mala intención, tal vez por la falta de costumbre.

—Son conocidos, sin embargo tus embates frontales contra el denominado "boom" novelístico latinoamericano.

Grosso.—Tampoco es cierto este reproche. Yo justiprecio a todos los novelistas americanos, los mido en su valor,

sin beaterías. Yo digo con sinceridad que Vargas Llosa es uno de los más serios, y su novela «La ciudad y los perros» quizá la mejor, a pesar de la existencia anterior del Joven Torless. Y que «Cien años de soledad» es una excelente novela, aunque en ella parezca resonar de alguna manera «El Gatopardo». Todos, hasta Cortázar, el del «sentido de la argentinidad», son admirables cada uno por motivos distintos. Me molesta, sin embargo, que durante un tiempo, hace ya dos lustros, a mí se me hubiera reprochado mi supuesta línea barroca entroncada en Asturias, y aquellos mismos censores abran ahora la boca bobamente asombrados ante el «boom».

—El experimentalismo está de moda entre nosotros. Tú sabes que, incluso, existe una escuela catalana que lo ensaya sistemáticamente, andloga, en cierto modo, a la escuela de cine que ya ha rendido las armas.

Grosso.—Pero yo no hago experimentalismo, hago novela en serio. Todo eso del «camp» a mí me parece una broma, una gran broma. Entre eso y, por ejemplo, «La Piqueta», de Antonio Ferrer, yo prefiero «La Piqueta». Me duele muchísimo, porque soy su amigo y su compañero de promoción, que a Ferrer le haya dado ahora también por el experimentalismo. ¡A estas alturas! Todo eso es una broma. Un tango.

—¿Y Juan Benet?

Grosso.—Juan Benet es mucho más serio. Quizá por esta razón, en Barcelona le rechazaron en un principio, aunque al final consiguió imponerse. Después de todo, igual le sucedió a «El Gatopardo», de Lampedusa.

—¿Por qué este enfrentamiento a los escritores de Barcelona?

Grosso.—No es enfrentamiento, sino crítica desapasionada. Y lo mismo analizo a los menos rigurosos de Barcelona que a los de Madrid o de Sevilla; no hago distinciones.

—Se ha lamentado que en tu novela «Inés Just Coming» no exista objetividad con respecto al proceso cubano. ¿Cómo te defiendes?

Grosso.—Sí hay objetividad. La novela es un canto al pueblo cubano, aunque no sea una exaltación de Fidel Cas-

## Inédito de Cortázar

### TEORIA DEL CANGREJO

*Habían levantado la casa en el límite de la selva, orientada al Sur para evitar que la humedad de los vientos de marzo se sumara al calor que apenas mitigaba la sombra de los árboles. Cuando Winnie llegaba a...*

*Dejó el párrafo en suspenso, apartó la máquina de escribir y encendió la pipa. Winnie. El problema, como siempre, era Winnie. Apenas tenía que hablar de ella, la fluidez del relato se coagulaba en una especie de...*

*Suspirando, borró en una especie de, porque detestaba las facilidades del idioma, y pensó que ya no podría seguir trabajando hasta después de cenar; pronto llegarían los niños de la escuela y habría que ocuparse de los baños, de prepararles la comida y ayudarlos en sus...*

*¿Por qué en mitad de una enumeración tan sencilla había como un agujero, una imposibilidad de seguir? Le resultaba incomprensible, puesto que había escritos pasajes mucho más arduos que se armaban sin ningún esfuerzo, como si de alguna manera estuvieran ya preparados en otra dimensión que incidía en*



la del lenguaje. Por supuesto, en esos casos lo mejor era...

*Tirando el lápiz, se dijo que todo se volvía demasiado abstracto; los por supuesto, los en esos casos, la vieja tendencia a huir de situaciones definidas. Tenía la impresión de alejarse cada vez más de las fuentes, de organizar puzzles de palabras que a su vez eran palabras de palabras, que a su vez...*

*Cerró bruscamente el cuaderno y salió a la veranda.*

*Imposible dejar esa palabra, veranda. ■ JULIO CORTÁZAR. 1969.*

tro. Rafael Alberti, con el que hablé en Roma, es el responsable de esta actitud. Me dijo: «No cantes a las figuras revolucionarias, canta a los pueblos». Y yo seguí su consejo. Por otro lado, creo sinceramente que hice una novela anti-imperialista. Por lo visto, no se ha entendido.

—¿Cómo juzgas a la última novela española?

Grosso.—Entiendo que la representación más honesta la tenemos en Miguel Delibes. A Cela le diría que una guerra civil es algo más que una anécdota. Yo publicaré ahora un nuevo libro, «Guarnición de silla», editado por EDHASA,

en una nueva colección que incluye trabajos de Conte, de Félix Grande y de otros. Será presentada en «Cultart», dentro de unos días. He realizado un gran esfuerzo; veremos cómo lo enjuician la crítica, el público y mis compañeros.

—¿Qué es escribir? ¿Cuál es tu fórmula literaria?

Grosso.—Como en la revolución para Jean-Paul Sartre —pienso en «Los Mandarines», de la Beauvoir—, creo que no existen fórmulas. Tal vez sólo una, la de Antonio Machado: «Caminante, no hay camino/se hace camino al andar». ■ EDUARDO G. RICO.

## La nostalgia de Peter Weiss

*La nostalgia proviene de un sentimiento de carencia. Puede estar arrigado en la realidad y resolverse en ella. Puede ser también radical, casi metafísico, si nos servimos del lenguaje al uso, determinado por las condiciones de la alienación, insoluble en el momento y con solución en una realidad humana transformada. La nostalgia informa todas las primeras obras de Peter Weiss, obras autobiográficas —«Adiós a los padres» y «Punto de fuga» (esta*

última recientemente vertida al castellano, Lumen, colección "Palabra en el tiempo"—, y en mi opinión pertenece al segundo de los órdenes aludidos. Es decir, ésta de Weiss no constituye la añoranza de un mundo distinto, sino de una sociedad mejor organizada.

Su biografía: niñez, adolescencia y juventud en Berlín, en Praga, en Londres y en Estocolmo, huyendo de las persecuciones nazis, en un proceso de crisis continuada. Crisis social —de desarraigo, de la falta de un sitio seguro, de patria—, crisis afectiva —amores fugaces, frustrados intentos de consolidación existencial—, crisis vocacional, pintor, novelista, hombre de teatro, poeta... Crisis narrada con una fuerza literaria descomunal. El relato, envuelto en un clima de desamparo, de desaliento a veces, de amargura pronto superada otras, nos deja una suave impresión de melancolía, de inevitable falta de plenitud, de destino incumplido, aunque sepamos previamente que responde a la autobiografía del más grande dramaturgo contemporáneo. Pero no hay que olvidar que éstas son sus primeras obras, que las decisivas en su carrera están fechadas después. Tampoco debe de escapárseles la presencia en el trasfondo de la narración de un rebelde, de un hombre que escapa a sus propios condicionamientos en una aventura vital cuya curva arranca en estos libros, que se alza sobre los acontecimientos con una voluntad no disminuida por los sentimientos de desolación y tristeza.

"Aunque no se trataba de huir ni de exilio —escribe sobre el otoño de 1946—, aunque era ciudadano de un país perdonado por la guerra, no podía librarme de la idea de que yo no formaba parte de nada". Pero era poderosa la fuerza de su vocación: "Así tenía que ser un libro, así de impresionante, un solo arranque, un solo impulso, penetrado de alientos abrasadores". Es el instante en que Peter Weiss evoca el drama existencial de Kafka, siempre humillado ante sus jueces, impotente ante la mujer, coaccionado por la sombra de su padre, reprimido en un mundo sepulcral. Weiss se rebela contra este universo, marca

una distancia y encuentra un punto de apoyo en otro autor, celebre precisamente por el libro con el que Weiss tropieza: es el Henry Miller de "Trópico de cáncer". "En ese libro verde y rojo encontré la rebelión contra toda autoridad... La descripción procedía del mismo mundo en que se hundió Kafka, el mundo de aniquilación mecánico y anónimo, y aquí aparecía aún más diabólico, más brutal y febril, pero estaba superado, con un golpe magistral, que superficialmente parecía simple, pero que sólo era posible cuando se tomaba la decisión de entregarse plenamente a ese mundo y abandonar toda posibilidad de retroceso...". En París, durante un viaje fugaz, Peter Weiss advierte que ha encontrado un destino a su vida: "La libertad era absoluta, yo podía perderme en ella y en ella recobrarla". Hay un fondo existencialista en el pensamiento que preside esta evocación. Nos recuerda a veces a un Sartre envuelto en brumas nórdicas, más nostálgico que el real, menos racionalista.

Aunque su posterior fama de dramaturgo no hubiera existido, Weiss sería dueño de una segura notoriedad por estos libros autobiográficos, escritos con tanta lucidez, con una serenidad que sofoca la tormenta interior sin destruirla, con tanta pasión por los problemas esenciales de los hombres de su tiempo. ■ EDUARDO G. RICO.

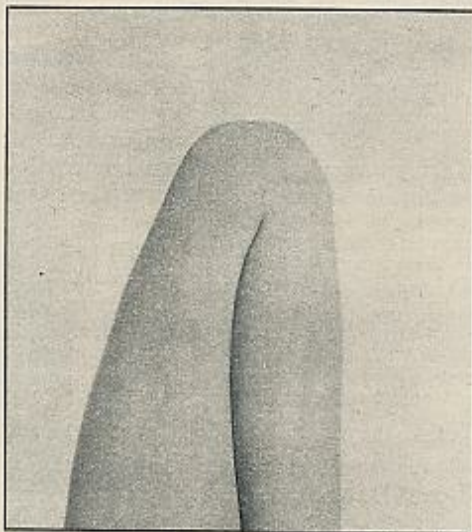
### Informe personal sobre el alba

Editado por Lumen, se ha publicado Informe personal sobre el alba y acerca de algunas auroras particulares, texto de Carlos Barral y fotos de César Malet. La presentación del libro ha dado lugar a una exposición de fotos y poemas en la sala Aycla. Tanto el texto como las fotos son ejercicios de investigación: anatómica, anímica, lingüística:

El alba se apodera de ti como [una muñeca enyesada, como una cara ajena o máscara que hunde sus [cuernos en las sienes, el alba que te empuña, que te [arroja indefenso a la vida de los otros.

Este alarde de coparticipación se ha desarrollado por caminos creacionales paralelos. En ningún caso el fotógrafo se ha aplicado a ilustrar los poemas de Barral, ni el poeta ha buscado palabras bajo la presión de las imágenes. El alba y los cuer-

superada la etapa de servidumbre civil, Barral nos obliga a releerle con pocos autores puedan hacerlo, y una lectura que implique toda su obra nos produce la en el fondo esperada sorpresa de que Carlos Barral es uno de los grandes poetas españoles



pos desnudos (sean humanos o geometafísicos) entristecen neuróticamente al poeta. En cambio, el fotógrafo se los toma como un reto técnico y, a partir de ellos, busca nuevas significaciones que destruyan su más grosera identidad. Si esta obra es notable por su doble estructura y por los aciertos de uno de los grandes de la fotografía barcelonesa, es sumamente interesante por el replanteamiento de Carlos Barral como poeta.

Un tanto condicionado por su etiqueta de editor, Barral ha sido uno de los poetas que más juicios ha visto aplazados por parte de la crítica y del simple lector. Una relectura del Barral de Metropolitano, de la etapa civil y del último Barral experimental y existencialista, nos pone en contacto con una de las dedicaciones poéticas más valiosas desde la dedicadísima generación del 27. Creo que Barral se mueve más a sus anchas en Informe personal sobre el alba y en los últimos apartados de Figuración y Fuga (incluso en Metropolitano) que en sus poemas de la experiencia compartible. La justa medida de este tipo de poesía la ha dado Jaime Gil de Biedma y 19 figuras de mi historia civil llevaba las de perder frente a Compañeros de viaje, libro coetáneo. Una vez

contemporáneos. Con la obligación moral de considerar a Bécquer contemporáneo. ■ M. V. M.

### Pablo Neruda, en la Sorbona

Aquel «Canilla» del Teunuco, el que comenzó a escribir poesía sin saber que se llamaba poesía aquello que le inspiraba el río, o el atardecer, o el invierno, ha estado hoy aquí hablando, contando anécdotas, confesándose apenas, y recitando. Hoy se llama Pablo Neruda y sabe que se llama poesía lo que escribe, y que escribe poesía, sirve...

A escucharle aquí en la Sorbona ha llegado un público joven en su mayoría, y entusiasta. La sala Richelieu está llena cuando él ha entrado.

Ha empezado hablando de Joaquín Murrieta, el bandido-heroe que termino con la cabeza cortada expuesta al público, y que le inspiró varios poemas y su primera obra de teatro, estrenada recientemente en Italia, por el Piccolo de Milán, y que Neruda considera como «obra anti-racista y anti-imperialista».

De «El memorial de Isla Negra» ha recitado su primer poema, arrastrando un puñal

de «eses» y nostalgia. Luego habla de su infancia, y de aquella forma de soledad en la que estaba, o se sentía, y así surge, casi grave, uno de sus primeros poemas escritos. Luego, uno de sus poemas de amor del libro que está llegando a los dos millones de ejemplares vendidos:

«Puedo escribir versos más tristes esta noche».

Hay un silencio profundo. Una atención profunda. El poema parece recién escrito, recién estrenado a cada instante.

«... Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido».

El aplauso es inmenso, y el mismo Neruda dice que siempre le sorprende esta acogida a sus poemas de amor.

Se rememora luego su vida diplomática: Birmania, Ceylán, Java, Malasia, y las impresiones que todo aquello dejó en su vida. Era tanta miseria, y aquella anarquía, el alcohol, la droga, la explotación colonial, que le hizo profetizar la crisis del hombre moderno, allá por el año 30.

Y habla de España luego, donde fue cónsul desde 1934. Habla del barrio de Argüelles, de la Casa de las Flores, de su revista «Caballo verde para la poesía». Y habla de Alberti. Y de Miguel Hernández: «Tenía cara de patata, y subía a los árboles con agilidad sorprendente». Y habla de Lorca: «Era muy moreno de carne. Más moreno que los más morenos españoles. Moreno, tal vez, como un mejicano o un gitano... Era alegre como el solo. Tenía una alegría crónica. Era alegre en una actividad que yo diría electrónica. Federico... chispeante, siempre joven y magnífico, no tenía solemnidad ninguna. Se tiraba por el suelo muerto de risa... Se lanzaba al piano con todas sus manos y su boca llena de dientes... Cantaba, dibujaba... Me atrevería a hablar de genio... Era la esencia misma de la creación». Surgen más poemas:

«Os voy a contar todo lo que me pasa».

Son esos poemas que no se sabe si se recitan o se muerden.

«Preguntaréis por qué su [poesía no nos habla del sueño, de [las hojas...».

Está aquí, en la sala Richelieu de la Sorbona, pero yo no sé si está aquí en la Sor-